

Guilhem Olivier, Ximena Chávez Balderas y Dídac Santos-Fita. 2019. *A la búsqueda del significado del uso ritual de mandíbulas humanas y animales en Mesoamérica. Un estudio interdisciplinario*. México: Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Grégory PEREIRA

<https://orcid.org/0000-0002-0984-2939>

Centre National de la Recherche Scientifique (Francia)

gregory.pereira@cnr.fr

Este ensayo, publicado en 2019, indaga un tema poco estudiado en el ámbito de la cosmovisión mesoamericana: las prácticas rituales asociadas a mandíbulas humanas y animales. Además de su indudable originalidad, el interés de esta obra radica en su enfoque interdisciplinario, que combina perspectivas etnográficas, bioarqueológicas, iconográficas e históricas. Pero ¿por qué las mandíbulas? A primera vista, uno podría pensar que estudiar un elemento esquelético tan específico es limitado o anecdótico. Sin embargo, esta obra demuestra que dicho tema abre caminos para indagar concepciones medulares en el pensamiento mesoamericano.

La obra se compone de cuatro secciones. En las tres primeras se expone un rico conjunto de datos obtenidos a partir de tres enfoques: etnográfico, bioarqueológico e iconográfico. La cuarta sección procura confrontar la información expuesta y ubicarla en una perspectiva antropológica más amplia.

La primera sección explora la manipulación de mandíbulas animales en los rituales de cacería. A partir de una perspectiva general, los autores se enfocan luego en el ritual de Loojil Ts'oon, realizado en comunidades mayas yucatecas del centro de Quintana Roo. Este ritual cinegético utiliza las mandíbulas de venados y pecaríes. Constituye un requisito indispensable para el cazador que, por este medio, se dirige a *Sip*, el Dueño de los animales del monte, para que lo favorezca y lo proteja. Además de cumplir con la ofrenda y la limpieza, el cazador se compromete a respetar una cuota de animales (trece por carabina), a tratar los huesos de los animales con el debido cuidado y a devolver las mandíbulas a *Sip* al depositarlas de nuevo en la selva, al pie de un árbol. Si no lo hace, no sólo le faltará suerte, sino



que se expondrá a temibles peligros. Esta concepción de la cacería, que implica un “contrato de reciprocidad” entre el cazador y el Dueño de los animales, está presente entre muchas comunidades indígenas de Mesoamérica. En estos contextos, los rituales cinegéticos implican un uso específico de los huesos (en este caso, las mandíbulas), esencial para cumplir el trato establecido con la entidad sobrenatural. Los datos etnográficos presentados son inéditos y se acompañan de un apéndice en el que figura la transcripción en yucateco y español de la plegaria para “la limpia de mandíbulas”.

La segunda sección atañe a los ejemplos arqueológicos que demuestran el uso ritual de este segmento del esqueleto en varias culturas prehispánicas. Los ejemplos reunidos muestran mandíbulas animales y humanas encontradas en diversos depósitos rituales que datan del Preclásico (Tlatilco) a la época de la Conquista (Tlatelolco y Tenochtitlan). Estos hallazgos abarcan una amplia zona que va desde las tierras bajas mayas (sitios de Cuello y Caracol en Belice; Tikal, Guatemala; Copán, Honduras; Chichén Itzá, México) hasta el Centro de México (Tlatilco, Teotihuacan, Cacaxtla, México-Tlatelolco), pasando por los Altos de Guatemala (Atitlán) y la región de Oaxaca (Monte Albán, Dainzu). Los autores exponen con mayor detalle contextos hallados en el recinto sagrado de Tenochtitlan, en el que se encontraron varios conjuntos de mandíbulas humanas, a menudo modificadas, en ofrendas, rellenos o colgadas en las esculturas de barro del dios de la muerte a manera de collar o pectoral, como en el caso de la Casa de las Águilas. Resultan de especial interés las mandíbulas recuperadas alrededor de un encino cuya base se encontró conservada en el Cuauhxicalco. El estudio bioarqueológico minucioso de estas piezas revela que pudieron pertenecer a individuos tanto masculinos como femeninos, a menudo foráneos, y en algunos casos, a individuos juveniles. La presencia de huellas muestra que se obtuvieron al descarnar el cadáver de sacrificados, además de que fueron modificadas (perforadas), expuestas y a veces decoradas con pigmentos y grabados. Es el caso de la excepcional mandíbula descubierta en las exploraciones del Calmécac de Tenochtitlan, que destaca por sus delicados grabados, descritos y analizados en la siguiente sección.

En el tercer capítulo, los autores se enfocan en las mandíbulas que exhiben indicios de decoración. Se reportan técnicas como la aplicación de pigmentos (Tumba 7 de Monte Albán; Calmécac de Tenochtitlan) o las incrustaciones de turquesa (Casas Grandes, Chihuahua) o piedra verde (Santo Domingo Tonalá, Oaxaca). No obstante, las mandíbulas que presentan decoración grabada son las que más llaman la atención porque

conservan elaborados diseños que permiten un análisis iconográfico detallado. La muestra estudiada reúne cinco mandíbulas humanas, una de manatí (del Museum für Völkerkunde, de Viena) y otra de jaguar (del sitio de Uaymil, en Campeche, conservada en el National Museum of the American Indian, de Washington, D. C.). Es relevante destacar que las piezas no son del mismo periodo: al menos cuatro corresponden a los periodos Clásico y Epiclásico del Centro de México (Cacaxtla, Xico) y de Oaxaca (Eloxochitlán, Santo Domingo Tonalá), y otras dos pueden atribuirse al Posclásico tardío de la cuenca de México (mandíbula del Calmécac) o de la Mixteca (mandíbula del Museum für Völkerkunde). Los temas iconográficos son también variados, aunque se nota la repetición de algunos temas: glifos calendáricos en los ejemplos oaxaqueños, serpientes en las piezas de la cuenca de México. El análisis más minucioso se enfoca en la mandíbula del Calmécac, un objeto excepcional tanto por la calidad de la ejecución como por los temas que presenta. En la cara interna del hueso se plasmó el rostro de un personaje que exhibe las características de Mixcóatl, el dios de la cacería. En su cara externa, la rama ascendente y el cuerpo de la mandíbula se aprovecharon para figurar una magnífica representación de *xiuhcoatl*, la serpiente de fuego y arma predilecta de Huitzilopochtli, dios mexicana de la guerra y el sol. Si bien, lamentablemente, la mitad izquierda del hueso se perdió casi por completo, las fauces de una segunda *xiuhcoatl* se aprecian a la izquierda de la protuberancia mencionada, lo que indica una composición simétrica que sugiere que los dos animales míticos estaban enfrentados.

El cuarto capítulo explora el simbolismo vinculado a las mandíbulas desde una perspectiva antropológica. A partir de la revisión de un amplio abanico de fuentes ethnohistóricas y etnográficas, los autores destacan dos concepciones fundamentales que dan sentido a las prácticas señaladas. La primera tiene que ver con la identificación de los huesos con semillas, en una concepción que asocia estos elementos del organismo tanto a la muerte como a la regeneración de la vida. Al devolver los huesos de sus presas al Dueño del monte, los cazadores no sólo cumplen con el contrato establecido, sino que le permiten regenerar aquellos a partir de los huesos-semillas. Desde esta perspectiva, no sorprende que los restos (a menudo cráneos y mandíbulas) se coloquen en cuevas y árboles, es decir, lugares de origen de la vida. El caso de los árboles es en particular llamativo, pues aparece en una multitud de fuentes relativas al mundo mesoamericano, pero también de poblaciones de Norteamérica y Siberia. Al suspender los despojos animales o humanos en las ramas de un árbol real o de su sustituto

(mástil, viguería de un edificio o empalizada tipo *tzompantli*), no sólo se expresa la metáfora de los fecundos huesos-semillas ilustrada en algunos mitos, como el *Popol Vuh*, también se asienta la analogía entre las presas de caza y los cautivos de guerra destinados al sacrificio.

Esto desemboca en una serie de preguntas relacionadas con el sacrificio y la exhibición de trofeos. Como señalamos, queda comprobado que muchas de las mandíbulas humanas analizadas fueron extraídas de individuos sacrificados y preparadas para ser exhibidas o usadas en atavíos de guerreros o deidades vinculadas al sacrificio (como Xipe Tótec o Mictlantecuhtli). Esta intrigante práctica se compara con otras reportadas en áreas culturales distantes en las que estos trofeos se asocian a un proceso de asimilación del guerrero/cazador a su cautivo/presa. Esto está comprobado, por ejemplo, entre los tupinambas de Brasil, donde el uso de segmentos corporales como ornamentos/trofeos de los guerreros señala la reversibilidad de las relaciones entre vencedor y víctima, al mismo tiempo que expresa el parentesco ritual entre ambos. Es de notar que estos aspectos son muy relevantes en el contexto mesoamericano, de hecho, han sido estudiados por otros investigadores, como Michel Graulich (1997) o Claude F. Baudez (2004, 2010).

Por último, los autores vuelven a la cuestión de la elección de la mandíbula o maxilar y sus posibles significados. Sin duda, la quijada alude a las funciones vitales de la boca: el soplo, la palabra y la alimentación. Pero los autores señalan también que estos segmentos pudieron fungir como una metonimia de la cabeza, sede de los principales sentidos y de una entidad anímica importante: el *tonalli*. A nuestro juicio, el vínculo que establecen los autores entre estas mandíbulas-trofeos y otros elementos, como las máscaras-cráneos y los cráneos de *tzompantli*, resulta muy pertinente. En estos últimos casos, el cráneo suele exhibirse con una quijada y deja ver una boca descarnada. Aquí vale la pena recordar que en el primer estudio detallado de cráneos de *tzompantli*, Carmen Pijoan y sus colaboradores (1989) notaron que los sacerdotes mexicas no sólo habían desollado y descarnado intencionalmente la calavera, sino que habían omitido cortar los ligamentos temporomandibulares para que la mandíbula se mantuviera articulada a la hora de exhibirla. En las máscaras-cráneos, las mandíbulas no son siempre del mismo individuo, pero siempre se presentan de forma “articulada”: se representa una boca de la que sale una lengua-cuchillo de sacrificio. En estas representaciones, como en muchas otras (véanse, por ejemplo, las imágenes de Mictlantecuhtli), la boca descarnada de la muerte recuerda a los vivos sus funciones primordiales: devorar los muertos y escupir la vida.

A manera de conclusión, podemos decir que el libro publicado por Guilhem Olivier, Ximena Chávez Balderas y Dídac Santos-Fita constituye una importante contribución para los estudios sobre la cosmovisión mesoamericana y el simbolismo otorgado a los restos óseos entre las culturas de esta área cultural. Muestra que las prácticas y los significados asociados a estos elementos adquieren mayor relevancia y profundidad cuando la investigación es fruto de un enfoque interdisciplinario que reúne etnólogos, historiadores y bioarqueólogos.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudez, Claude-François. 2004. "Los cautivos mayas y su destino". En *Los cautivos de Dzibanché*, edición de Enrique Nalda, 57-77. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Baudez, Claude-François. 2010. "Sacrificio de 'sí', sacrificio del 'otro'". En *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, edición de Leonardo López Luján y Guilhem Olivier, 431-51. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Graulich, Michel. 1997. "Chasse et sacrifice humain chez les Aztèques". *Académie Royale des Sciences d'Outre-mer, Bulletin des Séances* 43 (4): 433-46.
- Pijoan, María del Carmen, Alejandro Pastrana y Consuelo Maquivar. 1989. "El Tzompantli de Tlatelolco. Una evidencia de sacrificio humano". En *Estudios de antropología biológica: IV coloquio de antropología física Juan Comas*, edición de Carlos Serrano y María Elena Salas, 561-83. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.